

El círculo brillante

Ernesto Zavaleta



Cocodrilo Atrabiliario

El círculo brillante

© 2004, Ernesto Zavaleta

basado en la trilogía *Ringu*

Versión revisada

© 2009, Ernesto Zavaleta

Primera edición de *El círculo brillante*

© 2005, Cocodrilo Atrabiliario

cocodriloatrabilario@yahoo.com

© 2005, H. Ayuntamiento de San Luis Potosí

2004-2006

Por este *e-libro*

© 2012, Cocodrilo Atrabiliario

cocodriloatrabilario@yahoo.com

Impreso y hecho en México

Visite la página de Cocodrilo Atrabiliario

<http://cocodriloatrabilario.tripod.com>

Si alguien me lo hubiera contado, tampoco lo hubiera creído. ¿Quién iba a dar por cierta esa historia descabellada de que la gente se anda muriendo por ver las imágenes grabadas en un videocasete? Definitivamente, se trataba de los elementos más exacerbados de una anécdota inverosímil, pero los espantosos acontecimientos de los que fui testigo, durante mi investigación en torno a una serie de extraños fallecimientos, no solo me hicieron creer lo increíble, sino que me llenaron de un horror del cual aún no puedo librar mi espíritu y que quizá me atormente más allá del último día de mi vida, cuando

esa criatura infernal que ronda el ocaso venga a cometer en mí un nuevo crimen que nada ni nadie podrá detener.

La primera de las muertes extraordinarias ocurrió a primeros de marzo en la capital de la república, donde yo ejerzo mi oficio de agente en la Procuraduría General de Justicia del Distrito Federal. En principio, la llamada de la centralita me hizo creer que se trataba del caso rutinario de una de tantas adolescentes víctimas de un pasón con la droga de moda, pero al llegar a la escena del crimen a examinar el cadáver, la sola visión del espanto reflejado en ese rostro, contraído con una mueca de dolor indecible, me dejó en claro que se había cometido un crimen diabólico y se incubó en mí la supersticiosa sospecha de lo sobrenatural. Lo más horrendo del cadáver no era ese gesto de terror en su cara o los ojos desorbitados, prácticamente saltándole de la cara y en blanco, sino que parecía el

cuerpo saponificado de una persona muerta hacía cuando menos una semana, a pesar de que hasta hacía unas pocas horas antes de descubrirse su cadáver había convivido con familiares, vecinos y compañeras de escuela, como lo testimoniaron todos ellos, con gran dolor en el alma por la fallecida.

En el Servicio Médico Forense se confirmaron las evidencias escalofriantes. Efectivamente, el cadáver estaba saponificado; según explicó el facultativo, debido a la inmersión del mismo en alguna fuente de agua estancada durante por lo menos una semana. En corto, para la ciencia era imposible que la víctima hubiera fallecido hacía menos de siete días. En cuanto a la muerte misma, el médico aseguró que esta se debió al estallamiento del corazón, presuntamente sometido a una presión sanguínea inaudita para la cual no había explicación científica. El caso no tenía pies ni cabeza.

Dos días después de esta muerte inaudita, sucedió la de otra joven, compañera de colegio de la víctima número uno, en idénticas circunstancias. Como en el primer caso, el rostro de la muerta exhibía la misma mueca de terror indecible y sus ojos saltaban del rostro, como dos huevos cocidos; la piel estaba sebosa y reblandecida, saponificada, y la autopsia revelaría horas más tarde las mismas evidencias fisiológicas que provocaron la muerte a la primera de las desdichadas jóvenes.

Solo una circunstancia se añadía al caso, la cual me había pasado desapercibida en la anterior escena del satánico crimen: las dos murieron a solo unos metros de sendos televisores que permanecieron encendidos hasta la llegada de los agentes policiacos, mostrando la imagen de un pozo de agua en medio de un bosque que nadie supo identificar. Más extraño aún era que a los muebles que sostenían los

televisores los rodeaba un charco de agua podrida, cuyo análisis descubrió residuos diluidos de materia orgánica humana en descomposición con una antigüedad mayor a tres décadas.

Nadie podía ni puede aún dar una explicación de las dos muertes -ni de las que se sumarían en las semanas siguientes- ni de sus extraordinarias circunstancias. Los macabros asesinatos no tardaron en trascender a la opinión pública, en cuyo ámbito circulaba lo que entonces consideraba una estrambótica historia de espantos. En la prensa comenzaron a publicarse insinuaciones sobre cultos satánicos, entre los periodistas de menor monta, y acusaciones de incompetencia contra los investigadores del caso, escritas por las más serias plumas. La revista *Alarma* consiguió por medios deshonorosos y publicó en su portada, con el vulgar y escandaloso encabezado «¡Espantosa muerte!», las fotografías horrendas de

las fallecidas, lo cual hizo las delicias de los necrófilos y demás morbosos. Al parejo, en los corrillos policiacos circulaba, y sigue circulando, lo que en principio tomé como una versión chocarrera popular, la cual habla de un espíritu maligno que se posesiona de quienes miran las imágenes oníricas, de pesadilla, contenidas en cierto videocasete llegado al país desde el lejano oriente. Como ya insinué, al principio hice oídos sordos de tales cuentos, pensando que eran patrañas de gente tonta e ignorante, o bromas pesadas de mis poco profesionales y bastante necios e impertinentes compañeros, muy dados a la burla nada más porque lo ven chaparro a uno, pero comencé a tomar esos chismes en serio cuando atestigüé un hecho sobrenatural que me paró los pelos de punta.

Apenas cumplidos siete días del primero de los espeluznantes fallecimientos, se presentó una tal Sonia

Moreno en la delegación. Sonia era compañera de colegio de las fallecidas y afirmaba ser la única conocedora del mortal secreto que ambas se llevaron a la tumba y que, de hecho, les costó la vida averiguar. Según dijo, ambas habían visto, cada una por cuenta propia, cierto videocasete en el que aparece una serie de imágenes oníricas -vale decir surrealistas-, sin conexión aparente entre ellas. Más que surrealistas, se trata de visiones de una pesadilla de horror gradual de tiempos pretéritos: una costa tempestuosa; una casa a la orilla de un mar embravecido en una noche espectral; la imagen fantasmagórica de una dama peinándose dentro de un espejo, más que reflejada en él; un cuchillo ensangrentado; cadáveres de caballos ahogados, con gestos de dolor de una muerte atroz; un ojo semioculto por una cabellera, mirándote con angustia, con odio, con impulso homicida; un pasillo en penumbras por

el que deambula a lo lejos, errabunda como un fantasma, una niña descalza sin rostro; una mujer decapitada precipitándose por un acantilado; un eclipse de sol en cámara rápida; un relámpago que fulmina a un equino; su mirada agónica; su cadáver en descomposición; la mano y parte del brazo de una persona muerta atacadas por insectos carnívoros en el bosque; el grito de una mujer con los ojos desorbitados; la sonrisa enigmática de la dama del espejo; una guadaña cercenando un vientre maduro; la fugaz imagen del homicidio de una menor de edad; la mirada rencorosa del cadáver; unas manos ensangrentadas; la niña que cae a un pozo mientras da gritos espantosos; un círculo brillante que se apaga como eclipse total de sol.

Quien ve tales imágenes queda expuesto a una maldición mortal e ineluctable. El desdichado recibe cierta llamada telefónica en la que una voz

del más allá le advierte del tiempo que ha de transcurrir hasta sufrir una muerte espantosa: «Una semana». Son siete días de angustia mortal para la víctima, cuya alma pertenece desde ese momento a las potencias diabólicas que gobiernan el caos primigenio del que provienen la muerte y la maldad absolutas. El sello de la muerte, la marca de la maldición que impregna a quien ha visto la pesadilla de la joven japonesa asesinada, provoca el terror en las creaturas más simples, los animales, que huyen aterrados ante la presencia del maldito y aun prefieren morir antes que acercarse a él. El cuerpo mismo del maldito es poseído. Si se le fotografía, su rostro aparece difuminado; mejor dicho, contrahecho, como por refracción de un prisma, aunque la verdadera causa es que ya no pertenece a este mundo. Transcurrido el plazo fatal, ante él se aparece la imagen de un pozo de agua del que surge un espec-

tro terrible; una niña asesinada hace más de treinta años en el Japón, quien desde entonces busca vengarse por su sanguinario asesinato. ¡Y su venganza consiste en llevarse al infierno el alma de quien atestiguó su pesadilla!

Todo eso me contó Sonia Moreno, con la angustia que le provocaba una fiebre álgida. Y de todo eso estaba enterada porque había conocido la historia de boca de una de las ahora muertas, quien nunca le mencionó quién exactamente se la había contado a su vez, pero era parte de una larga cadena de víctimas que se habían pasado el famoso videocasete de mano en mano. Porque resulta que la única manera de salvarse de la maldición consiste en hacer que alguien más vea esas imágenes de pesadilla antes de vencerse el plazo fatal.

La maldición se inició en Japón y ahora había llegado a México gracias a la piratería de videocasetes. Daniela

del Pozo, que es como se llamaba la primera de las víctimas mexicanas, había recibido el videocasete de manos de un comerciante informal que tenía su puesto en el barrio bravo de Tepito, quien se lo obsequió con la compra de alguna película, seguramente para salvarse de que se lo chupara la bruja. Al entregarle el videocasete, el artero comerciante le había advertido a Daniela que, después de verlo, tenía que dárselo a alguien más, porque de lo contrario iba a sufrir muy mala suerte. Y es a ella, a Sonia Moreno, a quien la desdichada Daniela le había entregado el videocasete, sin dejar de repetirle la extraña advertencia que le hizo el ambulante, pero Sonia no lo vio sino apenas unos minutos después de que murió Daniela, y por esa circunstancia esta ya no se salvó.

La muerte de una segunda víctima, compañera de ambas estudiantes -Daniela y Sonia- pero a la que ellas no le

habían prestado el videocasete mortal, apuntaba a que existía más de un ejemplar para la tremebunda maldición. Y si una de las copias había llegado hasta Tepito, solo era cuestión de tiempo para que miles de videocasetes circularan por toda la ciudad y por todo el país. La maldición japonesa tarde o temprano podría convertirse en amenaza fatal para nuestro ya de por sí fregado país.

En otras circunstancias me hubiera zurrado en los pantalones de la risa, si se me perdona la muy vulgar expresión; pero, dados los acontecimientos de aquellos infaustos días, mi espíritu estaba predispuesto a las más inverosímiles explicaciones en torno a las misteriosas y espantosas muertes de las estudiantes. Sonia se encontraba a su vez frenética porque había succumbido a la curiosidad de mirar las tales imágenes dantescas y esa noche se cumplía el término de siete días para su ejecución sobrenatural. Intenté

confortarla y hacerla sentirse a salvo, aunque en ese momento no sabía yo de qué, pues no creía entonces en los espíritus chocarreros que vienen a jalarle las patas a los vivos.

Estaba explicándole que todo eso no eran más que tonterías de viejas asustadizas cuando de pronto se apagaron y volvieron a encenderse las luces de la comandancia, en un conato de apagón que me dio un escalofrío irracional. Las piernas ya me temblaban y hasta empecé a tartamudear. Pero fue en la sala de espera en donde sucedió lo más espantoso que he visto en mi vida y que atestiguaron varias personas, que desde entonces quedaron esquizofrénicas. El televisor de la salita, ubicada en la parte superior de una de las esquinas, sintonizaba el noticiero de las ocho cuando, de pronto, entró interferencia. Alguien se acercó para arreglarla a la mexicana, o sea de un manazo, y entonces apareció en la

pantalla la imagen de un pozo en medio del bosque. Apenas vio la imagen, Sonia comenzó a dar de alaridos. Me fijé que debajo de la falda le escurrían orines y que el espanto la había petrificado en el lugar donde se hallaba de pie. Del pozo que se veía en el televisor salió una mano pálida que removió la tapa de piedra de ese estanque de agua. Los asombrados testigos vimos un brazo blancuzco seguido de una cabeza de cabellera negra como las tinieblas, chorreante y larga. Con cierta rigidez de los miembros, pero con una inaudita habilidad que desafiaba a la fuerza de gravedad, desde el fondo del pozo emergió una niña de unos doce años de edad con un camisón empapado pegado a su cuerpo cerúleo, quien empezó a caminar como un muerto redivivo hacia el primer plano de la imagen. Con los dientes castañeantes y ojos saltones de incredulidad, todos contemplamos cómo la

niña espectral avanzaba cabizbaja con esa pesadez propia de los cadáveres de las películas de zombis, como si sus piernas estuvieran engarrotadas por el rigor mortis, pero al mismo tiempo con un paso decidido e ineluctable hacia nosotros. Sonia daba gritos cada vez más espantosos. Luego de varios saltos abruptos en la imagen que la hacían aparecer cada vez más cerca del encuadre, la muerta viviente por fin quedó en primer plano y entonces ocurrió lo más macabro que jamás me había imaginado ni en mis más horribles pesadillas: ¡el espectro comenzó a surgir de la pantalla ante los gritos de los presentes y el desmayo de una que otra secretaria impresionable!

Con medio cuerpo fuera ya de la pantalla, aquel ser maléfico miró lo alto en que se encontraba el televisor, lo que le impedía salir completamente sin ponerse santo madrazo en el suelo. La media cara que nos dejaba ver la

negra cabellera hizo gestos de furia encendida, con lo que nos avisaba que no nos la íbamos a acabar, si me excusa usted la vulgar expresión. Si de por sí estaba feo el espantajo ese, ora imagínese enmuinado. En fin, para lograr su nefando objetivo, que era alcanzar a Sonia y victimarla, el espanto venido del infierno se agarró de un librero que estaba al lado del televisor y comenzó a bajar por medio de él con la agilidad de una araña. Tuve el impulso de sacar mi revólver, pero la sola visión de sus ojos semiocultos por esa cabellera diabólica me engarrotaron la mano y fui incapaz de hacer un solo disparo. Sonia ya estaba arrinconada en el suelo de la salita mientras aquella visión espantosa se acercaba con la diligencia de un verdugo cruel para finalmente introducirse en el cuerpo de su víctima, como fantasma que se disuelve dentro de una pared, y hacerla morir con terribles espasmos y espumarajos acuosos que

salían de la boca de Sonia, a quien le escurrían lágrimas de angustia y dolor mientras entregaba el alma, ahogada por potencias infernales. Sus ojos virtualmente le saltaban de la cara, en tanto daba tremendos manotazos y se contorsionaba toda, como si estuviera atrapada en un profundo depósito de agua, y nos miraba suplicándonos por un socorro que ninguno de nosotros podíamos darle.

Murió rodeada de un charco de agua que se formó en la sala de espera.

A la muerte de Sonia siguió otro fenómeno igual de inaudito y aterrador. Su cadáver poco a poco se volvió de una tonalidad grisácea, como si la víctima hubiera fallecido días antes, y la carne parecía ablandarse adquiriendo la textura sebosa de un sapo en descomposición ante nuestras miradas de un asco atónito. La imagen del pozo permaneció en el televisor hasta que alguien lo apagó.

El comandante rechazó mi informe del extraordinario y aterrador asesinato, pese al reporte del forense que fijaba con una semana de antelación la muerte de la persona que había fallecido apenas unas horas antes en nuestra misma presencia, y no obstante los testimonios jurados por sus santas mamacitas, por Diosito santo y el santo Niño de Atocha, de todos quienes atestiguaron el macabro crimen. Nomás se nos quedó mirando a todos como si pensara que aquella espantosa visión no fuera sino el producto de una histeria colectiva de una punta de agentes mariguanos. «Como si no supiera que se andan clavando la mota del depósito de confiscaciones».

A mí no me importaron los juicios de valor de mi superior en la Procuraduría. Lo más importante era terminar con la maldición. Así que me lancé en la búsqueda del dichoso videocasete en la casa de Sonia en Ciudad Neza.

Ella vivía en una casucha en la esquina que hacen las calles de Mercurio y Topacio, en donde me introduje como Juan por su casa tras forzar la cerradura con mi navaja suiza. Dentro, me dirigí a la sala al ver un televisor y unos cuantos videocasetes. Los introduje uno tras otro en la casetera, pero ninguno mostraba las imágenes que me había narrado Sonia antes de morir, y en cambio mostraban escenas de sus orgías sexuales con unos fulanos con pinta de pandilleros y una que otra lesbiana de la buena sociedad. Me fui a la recámara de la fallecida, donde comencé a buscar el malhadado video en sus cajones y entre las prendas de su intimidad. Por fin encontré un videocasete con la etiqueta *Círculo* envuelto en unas pantaletas que apesataban a patas. Ya iba de salida con el videocasete en la bolsa de mi saco, cuando sentí un impulso que apenas pude resistir para regresarme y mirar

aquellas imágenes de pesadilla. Era una curiosidad como nunca he sentido en mi vida y que me ha acosado desde entonces. Es una compulsión a obedecer. Mi espíritu, en ese momento, estuvo a punto de sucumbir al mandato sobrenatural, pero pudo más mi voluntad de volverme a la cocina para quemar de una vez por todas el video maldito en el fregadero y quitarme la mortal tentación. Tomé una botella de aceite con que bañé aquel instrumento del infierno, le encendí fuego con un cerillo y vi cómo las llamas consumían ese objeto de perversidad inmunda. Pero el terror ya no me abandonaría. En medio de las flamas alcancé a mirar dos círculos rojos que parecían los ojos del demonio vengador. Cuando la cinta quedó reducida a una masa informe, un frío me recorrió el espinazo apenas oí una voz espectral pronunciando mi nombre a espaldas mías. Al volverme, me pareció ver el rostro de una niña

japonesa de sonrisa diabólica reflejado en la pantalla apagada del televisor como un rostro demoniaco surgido de las más profundas tinieblas. Aparté mi vista de esa visión infernal y descubrí sobre la mesa un cuaderno de notas. Era el diario de Sonia. Lo tomé y salí corriendo de aquel lugar impregnado con un aura maldita como alma que se lleva el diablo.

El diario de Sonia narra el origen de la maldición, aunque no aclara de dónde consiguió la información ni apunta a una solución para terminarla. Según lo que escribió Sonia, el espíritu del mal es el de una joven japonesa llamada Sadako, quien sufrió un destino horrible hace más de 30 años.

Pero entender la maldición de Sadako obliga a conocer la historia de su madre, una dama japonesa de la burguesía que nació con poderes sobrenaturales, con los que podía convocar las más horrendas pesadillas del sub-

consciente, esa oscura región en que anida el instinto destructor inherente a todo ser humano; el *tanatos* del alma, y que en la madre de Sadako había alcanzado un desarrollo exponencial. En pocas palabras, la madre de Sadako era una consumada psicópata. Más de diez años de unión conyugal y de sucesos alarmantes habían transcurrido antes que su marido, el Dr. Hichiro Ikuma, decidiera por fin llevarla con un parapsicólogo, en un vano intento de comprender y, quizá, poner fin a la extraña maldición que aquejaba su matrimonio peor que una suegra tremebunda. Para entonces, la madre de Sadako ya era famosa entre la prensa sensacionalista japonesa como la Dama del Diablo porque en su entorno se habían sucedido una serie de muertes tenebrosas e inexplicables.

El experimento científico realizado por el parapsicólogo, al que también se había convocado a miembros de la

prensa, solo obtuvo como resultado la muerte de uno de los testigos, quien sucumbió de horror increpando a Emi-na, dios de los infiernos y de la muerte en la antigua mitología japonesa, al tiempo que la madre de Sadako, inconsciente, esbozaba una enigmática sonrisa que a todos llenó de sospechas y espanto.

Aunque al Dr. Ikuma lo acusaron de asesinato por el trágico deceso, sin poder comprobarle el crimen, y de charlatán de la más baja estofa, sin saber ninguno explicar cómo pudo haber ejecutado los sucesos paranormales que presenciaron (como la impresión de tenebrosos parajes en las placas fotográficas con que se buscaba registrar el rostro de la llamada Dama del Diablo), nadie más se atrevió a realizar otra prueba con la madre de Sadako, quien murió años después, supuestamente consumida por la maldad que heredó a su hija.

Desde la más temprana infancia Sadako había dado muestras de poseer facultades psíquicas extraordinarias, aunque, a diferencia de su madre, orientadas al bien, como la resurrección de un perrito arrollado o el reflorecimiento de un jardín de cerezos recién cercenados, milagros que, además de causar temor y envidia entre la gente supersticiosa y vil, enfurecían a la Dama del Diablo, quien comenzó a elucubrar la manera de corromper la bondadosa naturaleza de Sadako, y con ese fin hurgó en lo más profundo y lóbrego de su hija hasta encontrar lo que buscaba, para despertarlo y hacerlo surgir. El espíritu del mal respondió al llamado de su madre, y así cierta mañana tuvo lugar el más extraordinario de los nacimientos. Tras una noche de amenazadoras pesadillas, el padre de Sadako (que, vale aclarar, era adoptivo, sin saberse jamás quién era el verdadero progenitor, aunque hay

quien señalaba al mismo diablo) descubrió que Sadako había engendrado una hermana gemela, la cual simplemente amaneció junto a ella en la cama. Esa segunda hermana era una criatura concebida en el infierno y parida como un alter ego de Sadako. El padre llegó a pensar que se trataba del atroz espíritu de su esposa que, todavía viva, buscaba pervertir a Sadako para perpetuar su estirpe maldita y burlar a la muerte. Ante la horrenda perspectiva, el Dr. Ikuma intentó en vano detener esa amenaza diabólica. Suministró a la gemela perversa cierta sustancia que inhibía el crecimiento físico, y así, mientras Sadako maduraba y se convertía en una delicada y hermosa joven, su hermana-hija se vio atrapada en el cuerpo de una eterna niña.

Pero el Dr. Ikuma no tuvo medios para detener el aumento del mal. Conforme pasaban los años, la Sadako perversa veía con envidia cómo florecía

la feminidad, la belleza y la bondad de su hermana-progenitora. Comenzó a aborrecerla, e intentó posesionarse de su cuerpo. El Dr. Ikuma encerró a la criatura infernal en un desván al darse cuenta de esta nueva amenaza, y envió a la bondadosa Sadako a un pueblo asentado sobre una isla, lejos de esa abominación que desde su prisión se vengaba haciéndolos víctimas de las más aterradoras visiones. No pudiendo soportar más aquella pesadilla, un atardecer el Dr. Ikuma sacó al engendro del desván y lo asesinó golpeándole la cabeza con un hacha, para después precipitarlo a un pozo, en donde se consumió el cadáver. La madre de Sadako moriría pocos días después con una infame risa de satisfacción en el rostro que presagiaba nuevas desgracias. La maldición apenas se iniciaba.

Sadako vivía atormentada por la presencia de su hermana-hija, de ese engendro asesinado y arrojado a un

pozo, desde donde su espíritu la llamaba para posesionarse de ella. La muerte comenzó a rondarla. Sadako se unió a una compañía kabuki itinerante, incitada por el joven actor que la cortejaba, para olvidarse de los pesares que la ensombrecían. Durante el ensayo de una adaptación del Macbeth al Japón feudal, el *onnagata* que encarnaba a Lady M. fue la primera víctima del espíritu infernal de la Sadako maligna. Paradójicamente, eso le abrió las puertas del kabuki a la bondadosa Sadako, lo que indignó a los actores, pues en su tradicionalismo, un tanto anacrónico, por cierto, prohibían a las mujeres actuar en escena. Pero no solo los indignó. La manera en que se le abrió a Sadako el camino de la representación teatral también les incubó sospechas de que la joven parecía tocada por una extraña maldición, o poder infernal, que producía la muerte a quienes se interponían en su camino.

La muerte del director de escena la víspera del estreno, justo en medio del *hanamichi* –una especie de proscenio–, así como los sucesos paranormales ocurridos durante la primera función –aparición y desaparición súbita de los *kurokos* (tramoyistas), quienes corrían histéricos de un lado a otro del escenario solo para disolverse en el aire y reaparecer en otra parte del teatro, así como la materialización de la Dama del Diablo levitando sobre el escenario y de un momento a otro sobre el público mismo– precipitaron el infausto destino de Sadako, a quien asesinaron sus compañeros actores buscando dar fin a esa oscura maldición que la joven traía consigo. La vileza humana hirió el maleable espíritu de Sadako con una acción homicida. Aunque lo peor aún estaba por venir.

Una parapsicóloga que había investigado el pasado de Sadako sabía de la existencia del engendro y se lo

advirtió a los miembros de ese kabuki. Conducidos por ella, se dirigieron a las afueras de la ciudad de Yamisata, en la isla de Okaido, hasta la cabaña en que habitaba el padre adoptivo de la joven, con el propósito de asesinar a la hermana de Sadako y así completar lo que concebían como una misión liberadora del mal. La proximidad de Sadako la buena despertó al mal que yacía en la oscuridad del pozo, quien desde esas tinieblas se irguió para posesionarse del cuerpo reanimado de su hermana-progenitora y dar muerte, uno por uno, a los actores metidos a cazadores de ánimas, a quienes atacó con la ubicuidad de los seres infernales, haciéndoles padecer la misma muerte de la que su cuerpo fue presa. Sus dos últimas víctimas fueron la parapsicóloga y una aterrada vestidora, quienes inútilmente buscaron refugio en la casa de Sadako. Ambas prefirieron suicidarse clavándose una daga

antes que sentir la mano putrefacta de la maligna Sadako sobre sus rostros.

Cuando el Dr. Ikuma entró a la casa al fin, se encontró con la bondadosa Sadako, quien sollozaba apesadumbrada por el espantoso crimen que su alter ego maligno le había obligado a cometer en contra de sus colegas del kabuki y de la infortunada parapsicóloga. El Dr. Ikuma estrechó contra sí a la sollozante Sadako, su hija, por quien sentía una inmensa compasión y cuyas lágrimas bañaban su pecho, al mismo tiempo que sentía sobre su corazón la opresión de un ser maligno que invoca la muerte. Hacia el atardecer de ese fatídico día aún por concluir, el Dr. Ikuma inyectó una solución a Sadako, prometiéndole un remedio fugaz para su aflicción. Pero en realidad se trataba de una sustancia venenosa con que buscaba poner fin a la malhadada vida de la joven. Sadako comenzó a sentir una presión en el pecho que le

impedía respirar. El aire se negaba a insuflar la vida a sus pulmones. Comenzó a llorar la muerte dolorosa que le había infligido ese hombre a quien desde siempre había amado como a su propio padre; y el Dr. Ikuma también lloraba y suplicaba a Sadako el perdón por ese atroz homicidio. Sadako salió a rastras de la cabaña en busca de aire fresco. Su padre la siguió, temiendo un escape imposible para la joven envenenada, y acabó matándola a golpes de hacha pese a que la joven le imploraba misericordia, para arrojarla después al pozo, junto al engendro, pensando haber encontrado la solución final de esa maldición.

Pero la bondadosa Sadako aún poseía sus facultades paranormales para recrear la vida, o para dar muerte; un don divino que se trocó en maldición para ella y para sus futuras víctimas. Durante treinta años vivió una repetida agonía. Durante treinta años moría

de inanición sumergida en la oscuridad del pozo, suplicando a gritos a su padre que la sacara de esa líquida y tenebrosa prisión, para revivir al cabo de un corto periodo y encontrar la misma agonía, la misma muerte espantosa, la misma falta de compasión a su inmerecido castigo. Fueron treinta años en que se repetía esa muerte infame y cruel; treinta años de resurrecciones a la muerte; treinta años en que la virtud se descompuso en malignidad; treinta años en que se incubó un odio inmenso, un acerbo deseo de venganza por una condena injusta; treinta años que sirvieron al engendro para poseer, al fin, ese cuerpo del que alguna vez se vio expulsado y al que finalmente regresaba con más furia que nunca. Se había cerrado el círculo de la maldad.

Nadie sabe exactamente cuántas habían sido ya las víctimas de Sadako en el Japón ni cuánto había crecido su iracundo poder sobrenatural que

amenazaba con extender su manto mortal más allá de los océanos. Por lo pronto, la terrible venganza de Sadako hacía de las suyas en México. En un lapso de quince días tras la muerte de Sonia, murieron 23 personas a manos del espectro infernal, y lo más terrible es que no todos los casos tenían conexión entre sí. El videocasete mortal comenzaba a proliferar por caminos diversos, lo cual configuraba para mí un caso con ribetes de amenaza a la seguridad nacional ya no tanto por los muertos que hasta ahora se había echado al pozo Sadako, sino por los cientos y miles que podría apuntarse en el futuro gracias a los tentáculos del comercio pirata. Había que detener la fuente del mal. Se iniciaba una lucha para la cual me sentía impotente y solo.

Un día llegó un agente especial desde el Japón. No era de extrañar que los espantosos acontecimientos en tierras aztecas hubieran atraído al

robusto policía, puesto que él estuvo implicado en la investigación de las mortales apariciones de Sadako en su país y le preocupaba la propagación del mal. Sin embargo, no solo tenía razones morales o profesionales para enfrentarse a la maldición de Sadako. También lo impulsaba una curiosidad, una curiosidad que había crecido en intensidad, adueñándose prácticamente de su voluntad conforme se adentró cada vez más en el pasado del trasgo mortífero.

Sus afanes, no obstante, deben pasar desapercibidos. Por motivos que denominó personales pero que nunca quiso aclarar, me hizo prometer solemnemente que lo mantendría anónimo en cualquier informe o narración que hiciera de esta investigación, fuera confidencial o no, así que ahora debo cumplir su voluntad, aunque sea de manera póstuma, y para este relato escalofriante lo llamaré Goni Chiwua.

Pese a su medio español y a mi peor japonés, Goni Chiwua me ayudó a entender un poco más el extraordinario y diabólico caso, y junto con él diseñé un plan de acción para combatir a Sadako y al mismo tiempo mantener en secreto la maldición; digo, para no asustar a la gente, o –mejor dicho– para que no acabáramos encerrados entre paredes acolchonadas.

Antes de emprender nuestra misión sobrenatural, bajo la mascarada de una redada cualquiera, integramos un equipo de agentes judiciales capitalinos, y con la cooperación de la Agencia Federal de Investigación lanzamos una serie de cateos sobre Tepito para decomisar los videos piratas del tal *Círculo*. Necesitábamos justificar la acción contra ese videocasete en específico, así que, además del tan manido argumento del combate a la piratería, difundimos la estrafalaria versión de que se trataba de impedir la distribu-

ción de un programa cibernético que infectaba con un virus la memoria de los reproductores de discos láser, cuyas copias también se difundían en videocasete con fines de reproducción y para que cayeran más ingenuos compradores de baratillas como ya había ocurrido en Japón «con devastadoras consecuencias para el mercado del video». (En esto me ayudó el mentiroso de Goni Chiwua y sus no menos habladores superiores, que no tuvieron vergüenza en mandar los falaces datos al respecto desde Tokio).

Ahí en Tepito, en medio de improperios contra nuestras inocentes madrecitas y con amagos de violencia que Goni Chiwua supo aplacar con sus exhibiciones de jarakiri o de yiuyitsu o como se llame, logramos decomisar más de mil copias del *Círculo* y arrestar a más de 80 comerciantes malandrines en un solo día, lo que me indicaba cuán peligrosa era a esas alturas de

las cosas la maldición de Sadako. Para darse cuenta de la dimensión de la piratería y, por ende, de la amenaza que aún representa la distribución a gran escala del videocasete maldito, hay que tomar en cuenta que la reproducción y venta de productos audiovisuales plagiados alcanza sesenta por ciento del mercado en México, que por cierto ocupa el nada honroso tercer lugar mundial en piratería con ganancias superiores a 300 millones de dólares anuales para quienes se dedican a esa actividad ilícita.

No era una lucha fácil la que emprendíamos contra la distribución del *Círculo*, contra la maldición de Sadako, que ya da la vuelta al mundo. Nuestros afanes se encontraban con giros de tuerca inesperados. Sadako sabe unir aliados en donde menos se espera. Tal fue el caso de un imbécil reportero de Televisa que, escudándose en el argumento demagógico del derecho a la

información, quiso transmitir el video asesino por televisión, en el noticiero de la noche y en cadena nacional, y hasta estuvo anunciándolo con bombo y platillo a lo largo del día. Con trabajos conseguí una orden judicial para decomisárselo, con el fundamento de que la transmisión serviría para la reproducción de un virus cibernético peligroso, y logré de esa manera impedir la transmisión de la mortal pesadilla de Sadako. Pero el muy tarugo sacó antes una copia del videocasete que me ocultó, la vio en su casa y a la semana se lo llevó la greñuda ojos de ojal.

Muchas muertes más se sumaron –y siguen sumándose– a lo largo de las semanas, lo que nos dejaba a mí y a Goni Chiwua en estado de incertidumbre y frustración por lo inútiles que resultaban nuestros esfuerzos. No importaba cuántos operativos realizáramos ni cuántos videogramas

decomisáramos o a cuántos malhechores les pusiéramos el mameluco de los numeritos. El *Círculo* aparecía –y sigue dando la mata– con la virulencia de una epidemia que aniquila ciudades, llevando la destrucción a todos aquellos con la desdicha de mirar las imágenes de esa pesadilla que contiene la angustia de Sadako y toda la ira que acumuló a lo largo de una treintena de años sumergida en ese pozo inmundo en cuyo seno se corrompió su cuerpo y su espíritu.

Sadako es un espectro maligno imposible de derrotar. No se trata de una ánima atormentada en busca el reposo para su cuerpo como ocurre en las historias de fantasmas que cuentan el cine o cierta literatura de pacotilla, porque los restos del cadáver se recuperaron del pozo hace ya varios años sin haberse detenido por ello la maldición, me explicó Goni Chiwua con su español enrevesado que yo debía adivinar y

corregir para entenderle bien. ¿Qué es, entonces, lo que pretende Sadako? El agente japonés me hizo comprender con más vericuetos verbales que lo más notorio de las perversas intenciones de Sadako es su afán de venganza por un cruel asesinato, aunque debe existir un elemento primordial, inherente a su naturaleza misma, el cual escapa a la comprensión humana. Después de todo, recordó el hombre de la lengua poco fluida y clara, la gemela de Sadako era una asesina antes de morir en el pozo y de fundirse en su hermana mediante esa espantosa agonía que se prolongó durante más de treinta años. En algún lado, pensaba el japonés, debe haber una clave para desentrañar el misterio y quizá terminar con la maldición. Para comprender la perversidad del engendro, quizá había que hurgar en su mente, como hizo la Dama del Diablo, y buscar una a una la infinita cadena de causalidades que

han tendido ese círculo de muerte a lo largo del tiempo. Goni Chiwua me insinuó luego de ese razonamiento que en el videocasete probablemente se esconde aún el tan ansiado *deus ex machina*. Desde luego, le repliqué tajante al japonés, estaba fuera de discusión contemplar esas terribles imágenes porque quedaríamos irremisiblemente condenados a muerte. Si existe alguna solución, esta debía encontrarse por medios distintos. Mi colega oriental asintió para no discutir, pero no parecía convencido del todo, y me dejó pensando que tarde o temprano iba a cometer una tontería que solo iba a darme dolores de cabeza. O algo peor.

No transcurrió mucho antes de que se hiciera realidad mi temible vaticinio. Una tarde, Goni Chiwua me llamó por teléfono con el pretexto de que se había enterado de algo muy importante sobre el caso y quería que me reuniera con él en su habitación de hotel, en el

Clinton de la Zona Rosa, para contármelo. Yo lo noté muy nervioso en la manera como hablaba, balbuceando más de lo normal, pero lo atribuí a la excitación que debía de provocarle el hallazgo que, pensé, iba a comunicarme. Atravesé media ciudad manejando mi auto, y una vez que llegué al Clinton, con el crepúsculo incendiando el cielo contaminado sobre los volcanes, me introduje al elegante vestíbulo de ese hotel de los llamados *de paso*, para abordar el elevador y subir hasta el décimo piso, en donde se hospedaba mi colega japonés, a quien, ya en su habitación, le pregunté cuál era esa tremenda información que había descubierto. Su respuesta fue encender una televisión y poner un video en la casetera, con esos movimientos nerviosos y los gestos forzados de quien oculta sus emociones y sus verdaderas intenciones, lo que no me gustó nada. Y menos me gustó que en la pantalla

de televisión comenzó a transcurrir la horrenda pesadilla de Sadako. A las primeras imágenes, adiviné las intenciones del japonés. Rápidamente apagué el televisor y saqué el casete para no seguir viendo esa inmundicia y quedar maldito. Goni Chiwua intentó explicarme que se trataba de algo de trascendental importancia para resolver la maldición, pero yo no le creí y comencé a extraer la cinta para destruirla, ante lo cual el japonés se me fue encima intentando arrebatármelo. Afortunadamente, fui más rápido que él y logré sacar la cinta mientras Goni Chiwua forcejeaba conmigo, pero sus intentos no lograron sino acabar de arruinarla. Empezó a insultarme en su idioma y se desmoronó en llanto como un niño ante la imposibilidad de recuperar el video, ahora convertido en trozos de película pellizcada e inservible. Sin que me lo dijera, ya sabía que su artera acción era un impulso deses-

perado porque había visto el mortal video y debía de estar por cumplirse el término de siete días para experimentar la horrenda muerte reservada a los malditos de Sadako. Sentí lástima por él, aunque me di la media vuelta para irme. Pero antes de cerrar la puerta, alcancé a oír que me gritaba en su mal español: «¡También va a venir por ti, chaparro!».

No iba a pasar mucho tiempo para que me enterara de que su advertencia no había sido el arranque histérico que le atribuí al abandonarlo. Como quería olvidar el mal rato que me había hecho pasar, me metí al bar a beberme unos brandis acompañados de la rica botanita que sirven en el Clinton y a ver el encuentro entre el Atlas y el Necaxa que pasaban por televisión de paga y que no estaba dispuesto a perderme por nada del mundo. A los pocos minutos se hizo realidad la profecía del traidor japonés. La vista del pozo su-

primió en el monitor del bar un gol que el Atlas estaba a punto de anotar, y los parroquianos, al principio indignados por la irrupción de la imagen, huyeron despavoridos junto con sus voluptuosas acompañantes de paga cuando Sadako surgió del televisor, que estaba colocado sobre una repisa en alto. Yo ya había pegado el brinco para correr, y solo de reojo alcancé a verla trepando como araña por el techo y las paredes para venir a alcanzarme. El miedo me engarrotó las piernas, así que apenas podía tenerme en pie, ya no digamos correr como gacela. Sadako venía tras de mí con los movimientos espasmódicos de un reniviente antropófago.

Recordé que Goni Chiwua quería decirme cómo detener la maldición; quizá había encontrado la clave del misterio, pero ya no pudo comunicármela debido a mi precipitación, que entonces se me reveló como una acción visceral, estúpida y de funestas

consecuencias para mí. Con Sadako pisándome los talones, corrí al elevador, cuya puerta se negaba a abrirse. Con mano temblorosa, repiqué el botón una y otra vez, al tiempo que volvía la cabeza sudorosa de temor para ver cuán cerca estaba Sadako de mí. Diez metros. Las puertas no se abrían; más repiqueteos con la angustia atorada en el cogote. Sadako avanzaba ahora a siete metros de mí. Aporree frenéticamente el botón en tanto cuatro metros me separaban de la espectral asesina, y la puerta que no se abría. Dos metros. Las puertas se abrieron por fin, pero con lentitud desesperante. Me metí de volada en la estrecha abertura y apreté el botón para cerrar el elevador cuando la mano de Sadako se extendía a solo unos centímetros de mí.

Llegué al décimo piso y caminé aprisa hacia la habitación de Goni Chiwua, pero no había avanzado ni seis metros cuando tras de mí escu-

ché abrirse las puertas de un segundo elevador del que salió la infernal aparición. Corrí a golpear la puerta del agente japonés, quien nunca abrió, por lo que tuve que forzar la cerradura con mi navaja. Pero cuál no sería mi sorpresa al encontrarme dentro el cuerpo agonizante de Goni Chiwua, quien se había cortado el vientre con un cuchillo. La sorpresa por el suicidio del japonés me hizo olvidar por un momento la amenaza detrás de mí, así que entré a la habitación para auxiliarlo, pero me volví de inmediato sobre mis pasos para cerrar la puerta prácticamente en las narices de Sadako. Con sus fuerzas postreras, Goni Chiwua se había arrastrado al vestidor dejando tras sí un rastro de sangre. Me precipité a él con la intención ya no de darle socorro, sino de hacerlo confesar, en sus últimos estertores, el medio para terminar la maldición, pero mi menudo y redondo cuerpo sufrió un escalofrío de muerte

al encontrarme en esa oscura habitación con la diabólica sonrisa de Sadako. Mi corazón prácticamente se detuvo de espanto mientras ella me miraba por entre su cabellera mojada con un ojo desorbitado y podrido. No pude más y me derrumbé al suelo, esperando el contacto de la carne putrefacta de Sadako sobre mi cara y sufriendo de antemano el inmenso terror de una muerte dolorosa y asquerosa de la que, no obstante, aún no había llegado mi hora. Sadako pasó delante de mi regordeta y tremulante humanidad para abalanzarse sobre Goni Chiwua, quien no pudo escapar a la maldición y fue tomado aún con vida por ese engendro que se lo llevó consigo al infierno con todo y secreto para acabar la maldición. A mí, el espantajo me dio el susto más grande de mi vida.

Las autoridades se encargaron del traslado de Goni Chiwua, de lo que de él quedaba, a Japón. El servicio policia-

co del que era miembro el japonés no envió más agentes para enfrentar la amenaza sobrenatural, pero sí dirigió un comunicado perentorio a las más altas autoridades nacionales para que se alertara sin mayor demora a la población sobre la peligrosidad del *Círculo* y se destruyera el videocasete mortal por todos los medios disponibles. Ante los alarmantes acontecimientos que ya habían cegado la vida de veintenas de incautos consumidores de videos apócrifos, el gobierno federal mexicano emitió un decreto para proscribir el *Círculo*, al que calificó de «grave amenaza para la salud de la población», y elevó a categoría de prioridad nacional la destrucción de «toda copia y resto del videocasete».

No faltaron los idiotas que afirmaban que todo era puro cuento.

Los reforzados operativos de la policía parecen haber tenido mejor fortuna hasta el momento, ya que ahora

nadie puede conseguir el videocasete sino recurriendo a los vendedores más deshonorados y oportunistas y adquiriéndolo a precio de oro. Pero nunca falta el elemento que echa a perder el más denodado de los esfuerzos. El videocasete se ha convertido en una moda fatal y ahora se le solicita más que nunca, sin la menor idea de la horrible amenaza a la que se expone quien lo mira. La morbosidad de la gente incita a un nuevo repunte de la más virulenta y espantosa de las epidemias conocidas por la humanidad. Es un círculo vicioso; más aún, la gente se deja arrastrar de la manera más estúpida por la fascinación del *Círculo* como el incauto navegante sucumbe al incitante canto de la sirena. La llamada ha convocado incluso a la comunicación en gran escala. Para colmo de males, entre la masa seducida no han faltado periodistas que demandan una copia del videocasete maldito en nombre

de la libertad de prensa y el derecho a la información, en un *déja vu* que me recuerda aquel sonso reportero televisivo y me provoca náuseas y ganas de que Sadako se los lleve a todos para ver si así entienden. La renovada euforia por el *Círculo* ha encendido hasta los ámbitos académicos. Ante la rotunda negativa de las autoridades a sus pretensiones científicas, hace unas semanas el connotado investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México René Crocker Solís lamentó lo que calificó de poca colaboración del gobierno federal para realizar pruebas que desentrañen el misterio del *Círculo*, y especuló que las inexplicables muertes deben de ser producto de alguna radiación contenida en la frecuencia de las ondas electromagnéticas grabadas en el videocasete, la cuales «muy probablemente» causan un cáncer fulminante al cabo de una semana y con una sola exposición. La

explicación es totalmente errónea y estafalaria, desde luego, pero al público y a la comunidad científica les suena menos descabellada que la del espectro asesino que ronda los televisores en horario estelar, sin dejar de aplacarles la morbosa y creciente curiosidad.

Por mí, que se siga difundiendo esa versión del inexplicable y macabro acontecimiento, aunque parezca elucubrado no tanto por un mal guionista de películas de horror, sino extraído del más burdo serial de ciencia ficción de los años cincuenta. Volviendo con el científico del que hablaba, debo añadir que su curiosidad se lo echó al plato ya que, de manera clandestina, desde luego recurriendo al comercio pirata de la más baja estofa, se hizo de una copia del *Círculo* para comprobar su teoría, con el único resultado de que a la semana no había descubierto nada que corroborara su dicho, y en cambio sí encontró una muerte horrenda.

El combate al comercio clandestino del *Círculo* es como pelearse con una hidra. Se decomisan miles de copias y al poco tiempo aparecen mil más, algunas de ellas extrañamente resurgidas desde las bodegas de las corporaciones policiacas directamente a la mano de los inconscientes consumidores. (Anexo listado de agentes sin honra que se prestan al chanchullo, así como de sus superiores que se hacen de la vista gorda a cambio de su tajada). Igualmente se arresta a cientos de comerciantes felones que llenan las prisiones como enjambres de alimañas, pero nuevas hordas invaden las calles de la antaño magnífica ciudad imperial conforme la economía se deprime y cientos pierden una forma honrada de vivir.

Yo ya había perdido la tranquilidad conforme transcurrían los macabros sucesos, pero desde el día en que murió Goni Chiwua mi cordura ha sufrido un

duro revés del que solo por un milagro no me veo precipitado a la locura. La maldición me tocó de lado. Hace unas semanas se integró un nuevo equipo operativo, así que debían tomarnos fotografías para las credenciales. Todos quedaron azorados. El equipo fotográfico no registró mi cara sino un manchón difuminado, contrahecho como por defecto de la lente. Se hicieron varios intentos, pero no pudieron obtener una sola imagen mía. Yo, en cambio, vi al monstruo acechando desde mi inconsciente. La luz descubrió al engendro. Cada destello de la cámara me hacía ver la cruel sonrisa de Sadako en mi fuero interno. Aún ahora me parece verla en cada superficie reflejante que encuentro en mis andares por la ciudad, como si a mis pupilas todavía las encandilara el resplandor fotográfico. Otra imagen me persigue en tanto. No puedo pasar frente a un televisor sin que se aparezca la ima-

gen del pozo en el bosque tenebroso. Huyo siempre aterrado del lugar ante las miradas desconcertadas de quienes llegan a atestiguar el extraño suceso. (Los perros también huyen aullando ante mi presencia, con la pelambarrera erizada, mientras las palomas escapan zureando de pavor al tiempo que dan aletazos frenéticos). En mi casa ocurría el mismo fenómeno espantoso con el televisor hasta que lo confiné en un cuarto que ocupó como desván y desde donde el relumbro del aparato, incluso desconectado, asoma por debajo de la puerta cerrada con llave. Sadako es parte de mí, aunque nunca he visto su visión espantosa contenida en el videocasete. Mis sueños son sus aterradoras vivencias en el pozo. Cuando mi espíritu entra a ese crepúsculo entre la inconsciencia y la vigilia, inmediatamente se posesiona de mí la agonía de Sadako en ese oscuro abandono mientras el hambre acuchilla mis vís-

ceras y siento el agua penetrar poco a poco en mis pulmones exánimes. Dormir es encarnarme en ese cuerpo pútrido y hacer míos una angustia mortal y un amargo sentimiento de venganza inmenso como el cosmos. Es la maldad más absoluta que atenaza mi alma para corromperla. (Quiero que todos vivan mi muerte). Cada noche sufro las mismas pesadillas; cada noche me despierta un aterrado grito de mujer proferido por mi propia boca para encontrarme trémulo en mi cama, completamente solo, en medio de la noche, en medio de la oscuridad. Ya no duermo en paz si no es mediante sustancias medicamentosas que me dejan en tal estado de inconsciencia apacible del que no despierto hasta el día siguiente.

Pero con ello solo he obtenido una paz breve. Las visiones aterradoras comenzaron a poblar el día. Hace un mes, por la mañana, me rasuraba la

barba incipiente, mirando el reflejo de mi cara redonda de nariz chata bajo la cual cultivo un bigote porfiriano, cuando de pronto descubrí en un ángulo del espejo a Sadako detrás de mí. Volví la cabeza, tan solo para encontrarme las diosas griegas que adornan los azulejos de mi baño. No obstante, la imagen de Sadako permanecía en el espejo, mirándome con su ojo desorbitado por entre la caída de su cabellera empapada. Otro día ya no era mi cara la que se reflejaba en cada espejo con que me encontraba, sino la madre de Sadako lanzándome imprecaciones. Con tales visiones se entenderá que no tenga un momento de paz. Vivo desde entonces en permanente estado de nerviosismo rayano en la esquizofrenia. Pero no es la única sensación que me enfebrecer. Mi espíritu ha sentido desde hace tiempo una insidiosa curiosidad creciente por la pesadilla de Sadako. El *Círculo* comenzó en algún momento

a parecerme el lenitivo necesario para dar fin a la pesadilla que me acosa. En cada decomiso de los videocasetes malditos siento una voz muda, pero encantadora como la de aquella a quien más ama uno, que me llama a contemplar, a vivir la angustia de Sadako e impregnarme con su odio. Es la misma curiosidad que me incitaba ya en casa de Sonia Moreno, pero ahora exacerbada como necesita el adicto la sustancia que calma el dolor de su cuerpo. Solo el recuerdo de la manera como mueren las víctimas de Sadako y de la forma en que se corrompen sus cadáveres refrena mi mano en el último instante, frente a la pantalla del televisor, con el videocasete apenas penetrando en la boca de la casetera. Me queda la angustia de saber que cada vez puede ser la última que resista; que la próxima sucumbiré a la tentación de entregarme a la pesadilla de Sadako, y moriré absorbido por su inmundicia; que, no

importa lo que haga, fracasaré siempre en la lucha contra ese mal inmenso.

Una última aparición me advirtió de mi muerte inminente. Anoche reposaba en mi cama después de un agitado día de trabajo en que realizamos otro cateo inútil. Al apagar la luz, ya para dormir, vi en la lobreguez del pasillo que comunica mis aposentos con la sala de visitas la macabra sonrisa de Sadako viniendo hacia mí. Con un escalofrío que me recorrió el espinazo y paralizó mis nervios, encendí como pude la lámpara, y entonces vi que quien me acechaba no era Sadako, sino la materialización del espíritu de Goni Chiwua, con una pesadumbre en el rostro que anunciaba las peores nuevas.

Vino desde las profundidades que habita Sadako, un inmundo pozo de maldad en que confina para siempre a sus víctimas, para advertirme de que no hay camino alguno de retorno una vez que Sadako ha maldecido tu frente;

que basta ver una de sus víctimas o una sola imagen de su pesadilla para quedar impregnado con su maldición; que hasta quienes solo escuchan los relatos que de ella se cuentan quedan marcados para la muerte irremediablemente; que su mortal pesadilla invade tu cerebro y permanece silenciosa ahí, en vigilia, esperando el momento oportuno para que la concibas completa y así te mueras; que no se puede escapar de ella porque concentra toda la perversidad del mundo y la anima la maldad de tu corazón; que Sadako era un regalo de los dioses a la humanidad, la bondad más pura jamás conocida, para combatir la malignidad encarnada en la madre de ella; que, debido a su vileza, fue la cruel e injusta humanidad la que permitió a la Dama del Diablo posesionarse de esa alma candorosa y pura tras la más cruel de las batallas en ese pozo inmundo en que habita el mal; que Sadako ahora

nos odia a todos; que nos ha mandado una caja de la muerte para matarnos apenas la abramos; y que todos nos vamos a morir por la curiosidad que nos provoca la insidiosa voz de la Dama del Diablo contenida en esa caja.

Inmediatamente después de su discurso de mal agüero, el espectro de Goni Chiwua se disolvió en el aire, dando un espantoso alarido que reflejaba un sufrimiento atroz, para volver a esa región inmunda en que su espíritu morará por siempre. Ya no pude dormir. Me levanté de la cama e impulsivamente tomé una pluma y un papel para dejar como testimonio mis impresiones de este insólito y aterrador caso, desde que inicié la investigación de la primera de las muertes hasta la aparición del atormentado espíritu que apenas hace unos minutos me vino a amenazar. Y este es el momento actual.

Con mano temblorosa escribo estas últimas líneas con la certeza de que,

un día muy próximo, me voy a morir. No puedo resistir más a la tentación de contemplar el videocasete que contiene la infame pesadilla de Sadako, y sé que tarde o temprano lo haré. Más aún, si he de creer la advertencia de Goni Chiwua, que sí la creo, la pesadilla de Sadako se encuentra agazapada en alguna neurona de mi cerebro y cualquier noche voy a soñarla entera, y entonces será como si la hubiera visto, como si la hubiera padecido, y viviré con angustia mortal mis últimos siete días. Será sufrir el mismo destino cruel que terminó con la vida de la bondadosa Sadako, ese regalo de los dioses, la bondad más pura que ha conocido el mundo y que el mundo despreció por su vileza. Quizá sí merezcamos la muerte, después de todo.

Inicio, ahora, el relato de la investigación policiaca más espantosa de la que se haya escrito jamás; del sufrimiento de la desdichada Sadako; de la

cruel muerte que sufrió y del triunfo injusto de la perversidad más grande que hay y que significa para mí y para los demás una maldición de la que, en vista de lo ocurrido a la ánima del pobre Goni, nunca podremos escapar ni siquiera muriendo [...]

Termino y por fin logro conciliar el sueño. Es de día. El sol aparta las tinieblas que apesadumbran mi espíritu y hace resplandecer a la ciudad y a sus habitantes. Desayuno unos succulentos huevos rancheros y café en una fonda del centro histórico. El sabor de los huevos, de la salsa y la tortilla me embriagan con la sencillez de los placeres mundanos. Miro a mi alrededor. Algo está sucediendo y causa un revoloteo humano en la calle. Varios comensales salen del restorán, y con otros más forman una multitud que mira al cielo. Termino mi desayuno y, tras pagar solícito la cuenta, me uno a

los espectadores callejeros, hermanados en un asombro inesperado. Toda la gente mira impresionada hacia el cielo un fenómeno anunciado que, debido a los terribles acontecimientos de los últimos meses, me había sido indiferente hasta ahora. Un eclipse solar cubre con sus sombras a la ciudad, que respira un aire de tranquilidad pese a la muerte pendiente sobre ella. Por un momento yo tampoco puedo resistir ese sentimiento de quietud, y olvido la maldición que me persigue con la contemplación de un suceso natural anterior a los tiempos y que seguirá ocurriendo mucho después del fin de nuestros días. Miro a lo alto, hacia el cielo, hacia ese inmenso círculo de luz producto del eterno movimiento de los astros y de la vida infinita del universo, y en el que vuelvo a encontrar la macabra sonrisa de Sadako y la premonición de mi muerte inexorable.

NOTA DEL AUTOR

Los derechos intelectuales de las versiones originales, así como de los personajes aparecidos en *Ringu* o *El aro*, pertenecen al novelista Koji Suzuki, el guionista Hiroshi Takahashi y los directores Hideo Nakata (*Ringu* y *Ringu 2*) y Norio Tsuruta (*Ringu 0: Birthday*). Este cuento es una obra derivada de esa trilogía y no de las versiones hollywoodenses. La historia de Sadako Yamamura, narrada en *El círculo brillante*, es una paráfrasis de *Ringu 0*.

*El círculo brillante, e-libro,
se terminó en julio de 2012,
en Cocodrilo Atrabiliario,
San Luis Potosí, S.L.P., México.*